



Hernando de Magallanes



Hernando de Magallanes nació el año 1480 en el seno de una distinguida familia portuguesa. Su linaje contribuyó tempranamente a situarlo. Vivió su infancia en la corte lusitana en calidad de paje de los reyes, y sobre esa posición pudo interiorizarse, desde muy joven, de las maniobras y secretos que dominaban la alta política europea.

Como cualquier adolescente noble y bien situado, dedicó gran parte de sus sueños juveniles al manejo

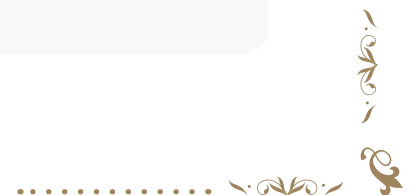




de las armas. Las correrías imperiales portuguesas le ofrecieron la mejor de las oportunidades. No le faltó ningún escenario para probar su valor, desde las costas del África hasta los más lejanos rincones del Asia. Hasta que, inesperadamente, antes de terminar su juventud, un accidente de batalla vino a truncar su carrera para siempre: una bala traidora le destrozó la pierna. Después de aquel suceso, Magallanes no tuvo más remedio que rendirse a la **evidencia**. De sus años juveniles sólo le restaba un amor desmedido por la aventura y una herida que lo dejaría **tullido** de por vida. Ambas características no podían convivir juntas. Le era necesario madurar y repensar enteramente su futuro.

Debió cambiar los salados aires del mar por el enrarecido ambiente de una oficina. Fue confinado a trabajar en despachos de gobierno, y allí hubiera quedado su vocación de aventurero de no haber sido porque, contra todos sus propósitos, la ilusión terminó siendo más grande que la cojera.

En realidad, aquel retiro forzado le sentó bien. Fue en esos tiempos cuando comenzó a estudiar mapas que daban cuenta de territorios vírgenes y océanos desconocidos. En manos de un funcionario cualquiera

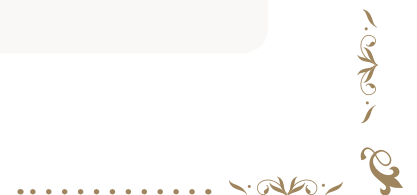




no hubieran sido más que fríos documentos en espera de ser archivados. No así en las de Magallanes. Esas amarillentas cartas de navegación con que trabajaba le parecían una muda invitación a realizar **proezas**. Hasta que un día, cansado ya de soñar, pidió **audiencia** con el rey para proponerle un proyecto fascinante: encontrar la ruta hacia las fabulosas islas de las especias, las Molucas.

En aquel tiempo, las especias venidas del Oriente constituían un recurso indispensable y extraordinariamente costoso: no sólo preservaban los alimentos a lo largo del tiempo; eran también capaces de curar extrañas enfermedades. Como negocio, ofrecían la **inaudita** rentabilidad del 2.000 por ciento. Magallanes sabía que durante muchos años Portugal había perdido el sueño examinando aquel proyecto. Cualquier potencia que pudiese **monopolizar** ese comercio habría encontrado una auténtica mina de oro.

Lamentablemente, los tiempos no estuvieron de su parte. La corte **lusitana** se sentía en ese momento muy cerca de alcanzar la meta. Una vez doblada la punta sur del África, el Oriente parecía al alcance de la mano. No tenía sentido mandar nuevas expediciones,

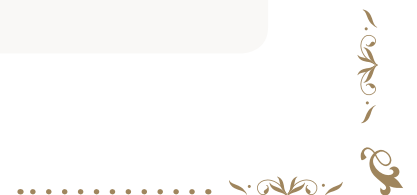




y menos a cargo de un mutilado de guerra. Magallanes, sin embargo, no quedó tranquilo. Tenía el carácter fuerte y la mirada decidida. Airado por aquel desprecio, decidió buscar nuevos horizontes. Y muy consciente de lo que hacía, partió a ofrecer sus servicios al monarca vecino. Según él mismo afirmaba, con ello no hacía **injuria** alguna a su patria. De acuerdo a sus estudios, las Molucas quedaban dentro de la **demarcación** hispana establecida con el tratado de Tordesillas en 1494.

El año 1517, Magallanes llegó a Sevilla con la intención de presentarse ante el rey de España, el cristianísimo monarca y futuro emperador, Carlos V. El cambio de aires no pudo ser más acertado. Para aquel soberano resultaba fundamental tomar posesión de esas islas, no sólo por la cantidad de recursos naturales que contenían, sino también porque representaban una posición estratégica **privilegiada** en la carrera por el dominio del Océano. Por lo demás, su familia había ganado mucho apostando por aventureros. Su abuela, Isabel la Católica, lo había hecho veinticinco años antes con un proyecto muchísimo más descabellado. ¿Por qué no podía hacerlo también él?

Un año más tarde, el plan estaba totalmente

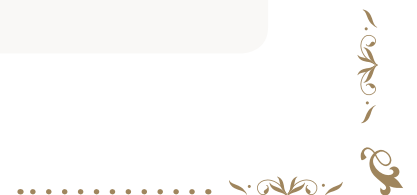




trazado. A cargo de una pequeña flota de cinco naves, Magallanes buscaría una vía que permitiera alcanzar las islas Molucas, en el Pacífico sur. Las **capitulaciones** firmadas con España establecían que, tanto al aventurero como a sus descendientes, les correspondería el gobierno de todas las tierras encontradas, además de una vigésima parte de las ganancias que procuraran tales descubrimientos. No era poco estímulo para un hombre que hasta hacía pocos meses tenía como único horizonte una insípida carrera de **burócrata**. Inesperadamente, aquel lisiado había logrado doblarle la mano al destino.

El nuevo Almirante contaba por aquel entonces cuarenta años. Tenía la cara larga, la nariz fina y la barba poblada. Su mirada, firme y decidida, poseía el tono aristocrático y distante de quien se sabe diferente y superior a los demás. Estaba listo para emprender la aventura de su vida y era consciente de todos sus riesgos. Muchas veces le había visto al mar el rostro airado. ¿Por qué iba a temer ahora?

Su primer obstáculo lo encontró a mucha distancia del océano. El rey de Portugal estaba lejos de sentirse satisfecho con aquel desenlace. Aunque él podía prescindir de un aventurero como Magallanes, la idea de que navegara bajo banderas españolas hasta las Molucas, era un riesgo que no estaba





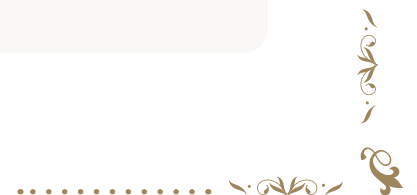
dispuesto a correr. El soberano hizo de todo por **desprestigiarlo** ante la corte española. Curiosamente, sus maquinaciones tuvieron un efecto contrario: las intrigas portuguesas terminaron de convencer al rey Carlos de la importancia de aquel viaje.

Entre maniobras, preparativos y negociaciones, llegó finalmente el momento de la partida. Con el apoyo real, Magallanes había reunido una poderosa escuadra compuesta por cinco naves y 270 hombres, capaz de afrontar una larga travesía de dos años. El 20 de septiembre de 1519 la flota se ponía perezosamente en movimiento desde Sanlúcar de Barrameda.

Hubiera sido imposible adivinarlo, pero el panorama que se le venía encima resultaba poco **halagüeño**: **amotinamientos**, tormentas, enfermedades y hambrunas.

Apenas el barco perdió de vista la costa, comenzaron las dificultades. A pesar de su carácter y experiencia, la tripulación no parecía respetar a Magallanes. Todo en él provocaba burlas: su aspecto cuidadosamente aristocrático, su cojera torpe y manifiesta, su burdo acento portugués... Las órdenes que impartía apenas lograban suscitar algo que no fuera el escepticismo y la displicencia.

La distancia que le manifestaban sus subordinados



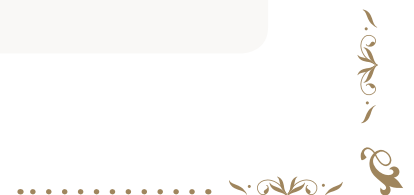


enrarecía toda la cadena de mando. Herido en su amor propio, Magallanes se protegía aislándose por completo de sus hombres. Y cuando surgía una diferencia, se resistía a dejarse aconsejar por sus capitanes, mostrándose dispuesto a imponer sus órdenes a cualquier precio. Aquel ambiente **opresivo** ofrecía un campo abonado para el motín.

Semanas más tarde, con la tensión y el cansancio acumulado, la expedición entraba en la bahía de Río de Janeiro. Las naves avanzaban tanteando la costa, tal como lo haría un ciego buscando con su bastón el fin de un muro. Pretendían encontrar el último extremo de aquel continente interpuesto en su camino a las Molucas.

Recorrieron la costa de Brasil y atravesaron la desembocadura del fascinante Río de la Plata. De ahí en adelante la tierra fue haciéndose más árida, desierta y misteriosa. El paisaje terrestre dejó atrás los verdes del trópico y comenzó a asumir un aspecto gris y **desolador**. En cada **recodo** asomaban extraños animales: guanacos, pingüinos, lobos de mar... ¡Nadie había visto jamás algo parecido! Los fríos eran intensísimos y los vientos parecían no descansar nunca.

Al llegar a la bahía de San Julián, Magallanes decidió



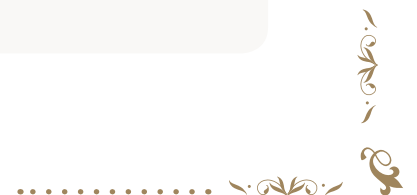


invernarse durante un periodo de tres meses. La decisión generó el primer quiebre dramático en aquella **odisea**. Lanzar las anclas parecía un absurdo a aquellos marinos experimentados; entre otras cosas, porque significaba **racionar** la comida hasta límites **insostenibles**. A sus ojos **pragmáticos**, era necesario continuar hasta el sur, seguramente hasta los 60°, y si no lograban encontrar el corredor que los llevara al otro lado del mundo, simplemente echar marcha atrás en busca de tierras más cálidas.

Magallanes, sin embargo, apenas se inmutó ante las críticas. Fiel a su costumbre, se mantuvo **impertérrito** en la decisión que había tomado.

La tripulación comenzó bruscamente a **añorar** el clima soleado que había conocido en Río de Janeiro: aquellos parajes tenían mucho en común con el paraíso perdido. ¿Por qué, entonces, insistir en una **travesía** que sólo podía conducirlos a un mundo **yermo** y agotado?

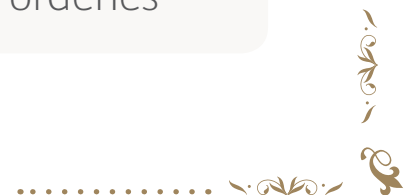
Por las naves comenzaron a correr vientos de **sedición**. Entre los marinos se esparció la voz de que Magallanes los llevaba a la muerte. Peor aún. Tal vez ni siquiera era un leal súbdito de Carlos V; quizá su único objetivo consistía en tomar posesión de las Molucas para luego entregárselas al rey de Portugal...





El **motín** que había rondado aquella travesía desde sus primeros días comenzó a tomar cuerpo. El descontento parecía haber perdido el pudor y se expresaba abiertamente en gestos, miradas y silencios. Desde el alto mando hasta la marinería, por todas partes se esparcían **indicios** de tormenta. Magallanes, mientras tanto, se limitaba a observar fría e inexpresivamente los preparativos de aquel estallido.

Tal vez nadie en la tripulación previó el giro de aquella tensa espera. Lo cierto es que, cuando la rebelión fue un hecho, Magallanes actuó con una clarividencia inesperada. Organizó a los que todavía le eran leales y se lanzó decididamente a la lucha. Los dos **cabecillas** del motín murieron. Uno acabó acuchillado en la refriega y otro fue juzgado, descuartizado y, más tarde, exhibido en estacas. Dos hombres más fueron condenados a permanecer en tierra firme, donde morirían en poco tiempo a manos de los naturales. Magallanes salió extraordinariamente fortalecido después de aquel brutal escarmiento. Tanto que algunos historiadores consideran posible que él mismo haya **azuzado** aquel enfrentamiento con el objeto de renovar por completo su alto mando. Entre la marinería la hostilidad hacia su persona subió varios grados, pero también lo hizo el temor. De ahí en adelante, la tripulación sabía que **objetar** órdenes



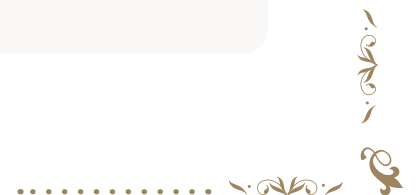


oficiales era correr riesgo de muerte. Para Magallanes, que jamás había hecho caso de gestos ni de miradas, era más que suficiente. Estaba decidido a llevar adelante su empresa, fuera cual fuera el costo que debiese pagar. Y ahora también lo sabían sus hombres. La escuadra invernó, tal como el comandante había decidido. Le pesare a quien le pesare, sólo tres meses más tarde volvió a ponerse en movimiento.

Durante su paso por Tierra del Fuego, bautizada así por ciertas fogatas que vieron brillar a lo lejos, los españoles tuvieron sus primeros contactos con los indígenas. La primera reacción fue de sorpresa. El italiano Antonio de Pigafetta, el principal ***cronista*** de aquella aventura y uno de los dieciocho protagonistas de la primera vuelta al mundo, describió imaginativamente a los patagones como “hombres tan altos que, con la cabeza, apenas les llegábamos a la cintura”.

El asombro ante aquellos extraños gigantes no paró allí. Más adelante, observando a sus mujeres, el mismo Pigafetta afirmaría (con escasa galantería, por cierto): “No son tan grandes como los hombres, pero en cambio son más gruesas. Sus pechos colgantes miden más de un pie de largo (...). Y aunque a nuestros ojos distaban enormemente de ser bellas, sin embargo, sus maridos, parecían muy celosos”.

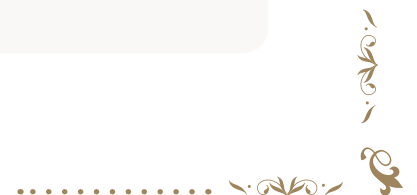
El jovencísimo Antonio de Pigafetta había sido uno





de los últimos en integrarse a aquella travesía. En Sevilla había tenido que esgrimir una y otra vez la multitud de cartas que lo **avalaban** para participar en la aventura. Tal vez por cansancio, Magallanes había terminado incluyéndolo a último momento en calidad de protegido. Desde sus primeros días a bordo había decidido escribir un diario, porque sabía que “navegando en el océano se observan cosas admirables”. Este registro no oficial fue de lo poco que logró salvarse de aquella expedición. Gracias a él podemos seguir paso a paso el itinerario de los buques y las impresiones de sus tripulantes.

Mientras Pigafetta continuaba abultando sus crónicas, las dificultades de la expedición se ahondaron: una de las naves naufragó y otra desertó. Magallanes no hizo caso de aquellos tropiezos y continuó adelante con el mismo temple que había exhibido desde el inicio de aquella aventura. El 21 de octubre de 1520, los expedicionarios dieron la vuelta al Cabo Vírgenes y entraron al estrecho que la historia bautizaría con el nombre de Magallanes. Más de un mes duró aquella incierta navegación en torno al fin del mundo. Finalmente, el 28 de noviembre, llegaron al umbral de un mar desconocido. Se trataba del mismo océano descubierto por Vasco Núñez de Balboa, en 1513, en las costas de Panamá. Magallanes lo bautizaría con el



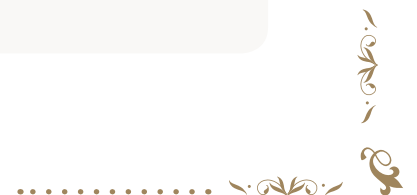


nombre de Pacífico.

El panorama que la tripulación tuvo por delante aquel día fue simplemente hermoso: grandes rocas y acantilados, aguas de un azul profundo y nítido, cerros tapados de nieve blanca y pura. Después de haber atravesado el estrecho, aquel nuevo océano les pareció un paraíso. La confianza renació. A la vista de aquel espectáculo, resultaba posible renovar la decisión de llegar a las Molucas: última meta de la travesía. Comenzaba, por fin, la segunda etapa del viaje.

Una vez perdido de vista el estrecho, las naves **enfilaron** diagonalmente el océano, con la intención de atravesarlo de este a oeste, desde las inmediaciones del círculo polar antártico hasta el Ecuador. Se trataba de la opción más inteligente y sensata para llegar a las Molucas.

Lamentablemente, la paz que había traído el nuevo mar duró poco. La navegación se prolongó por más de tres meses sin encontrar tierras ni alimentos. Una seguidilla de islas desiertas aumentó la sensación de fracaso. La calma de aquellos mares exasperó los ánimos y el hambre resucitó el **espectro** de los motines. En un par de semanas la situación volvió a hacerse insostenible.

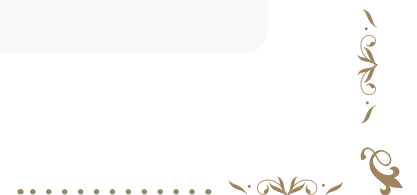




Según Pigafetta:

El bizcocho que comíamos no era ya pan, sino un polvo mezclado con gusanos que habían devorado toda su sustancia, y que además tenía un hedor insoportable por hallarse impregnado de orines de ratas. El agua que nos veíamos obligados a beber era igualmente pútrida y hedionda. Para no morir de hambre llegamos al terrible trance de comer pedazos del cuero con que se había forrado la gran verga para evitar que la madera destruyera las cuerdas. Este cuero, siempre expuesto al agua, al sol y a los vientos, estaba tan duro que era necesario remojarlo en el mar durante cuatro o cinco días para ablandarlo un poco; para comerlo lo poníamos sobre las brasas. Frecuentemente quedó reducida nuestra alimentación a serrín de madera, pues hasta las ratas, tan repugnantes al hombre, llegaron a ser un manjar tan caro que se pagaba cada una a medio ducado.

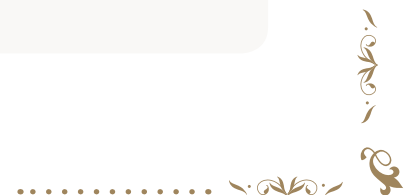
Con el pasar de los días, la travesía mostraba su rostro más **tétrico**. Los ánimos de la tripulación estaban bajos; la falta de agua dulce hacía **mella** en los ánimos y las antiguas burlas se convertían progresivamente en expresiones de odio. Por si eso no fuera suficiente,





la aparición de una enfermedad atroz y no bien conocida, el escorbuto, perseguía a la marinería hasta en sus pesadillas. Según Antonio de Pigafetta: “Nuestra mayor desdicha era vernos atacados de una enfermedad por la cual las encías se hinchaban hasta el punto de sobrepasar los dientes, tanto de la mandíbula superior, como de la inferior, y los atacados por ella no podían tomar ningún alimento”. A los sufrimientos de la marinería se agregaba la lista de los primeros decesos. Cien días navegando en esas condiciones hacían pensar a su cronista que “nadie en el porvenir habría de querer emprender semejante empresa”.

Magallanes, sin embargo, hizo caso omiso de las quejas, las amenazas y las maldiciones. Había apostado demasiado en este viaje. ¿Cómo iba a rendirse al último minuto, después de tantas privaciones? ¿Si ni siquiera sabían dónde estaban! Tal vez las islas se encontraran a la vuelta de la esquina. Para cualquier observador neutral hubiera sido muy difícil discernir si aquella tozudez terminaría arrastrándolo a la muerte o, por el contrario, exaltándolo a la gloria. La línea divisoria entre la genialidad y la obcecación siempre ha sido muy delgada. En este caso resultaba imposible de reconocer.



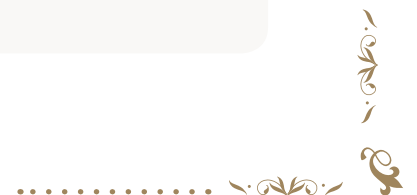


Pocos días después, cuando ya la expedición parecía desfallecer, avistaron a la distancia algunas islas.

Primero, Guam, después, las Marianas, y finalmente, las islas en torno a Filipinas. Algunas de ellas parecían inesperadamente ricas; incluso tenían oro. ¡Aquel condenado portugués tenía razón!

Con la emoción viva por el hallazgo, Magallanes decidió establecer las islas como principio del dominio español en esas tierras y se entrevistó con el rey de Cebú, con quien intercambió regalos y palabras de cumplido. Le explicó cuáles eran los deseos del soberano español: la **evangelización** y cristianización de los nativos, así como la unión entre ambos reinos. Los nativos, sorprendidos de ver llegar a sus costas al **emisario** de un rey tan poderoso, aceptaron de inmediato aquella embajada y organizaron una ceremonia de bautizo masivo en la que alrededor de ochocientos indígenas se convirtieron al credo cristiano. Fue el mayor de sus triunfos como comandante.

Magallanes parecía haber recuperado toda la confianza que la travesía le había ido mermando. Era comprensible: había encontrado un lugar donde establecer sus dominios, había asentado la religión católica en un territorio **hostil** y, por último, había sido capaz de contentar a sus hombres con oro y alimentos en abundancia. **Envalentonado** por el éxito,





se convenció de que la batalla estaba ganada. Podía ya olvidarse de la **cautela** y la prudencia. Sin saberlo, él mismo se encaminaba a su perdición.

Resuelto a no dar un paso sin cosechar otro triunfo, en abril de 1521 se dirigió a la isla de Mactán.

Contrariamente a lo que esperaba, esta vez los naturales no tuvieron palabras amables ni lo esperaron con tributos humildes. Molesto por aquella fría recepción, Magallanes quiso **asentar** su reputación de hombre fuerte y preparó un grupo armado de **escarmiento**.

Los capitanes españoles trataron **infructuosamente** de hacerlo **desistir**. Pero, como de costumbre, el portugués no quiso escucharlos. Acompañado por sesenta soldados puso pie en la isla poco antes del amanecer, con la intención de dar una lección a los indígenas y a sus vecinos.

Una vez allí unos mil quinientos isleños cayeron sobre ellos, arrojándoles una nube de piedras. Magallanes murió atravesado por un asta. En el pánico de la fuga, los españoles no pudieron ni siquiera recuperar su cadáver. En honor a la verdad, muchos de ellos tampoco hicieron gran esfuerzo.

¡Triste y absurda despedida! Después de haber recorrido medio mundo, cuando ya estaba a punto de poner las manos en la ansiada meta de las Molucas,





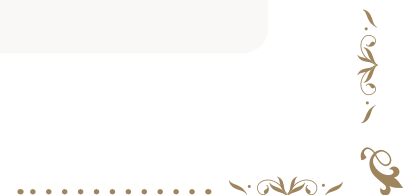
Magallanes murió en una batalla innecesaria y completamente irrelevante.

Una buena parte de la tripulación sonrió satisfecha ante la temprana desaparición de su comandante. A sus ojos, Magallanes había sido víctima de sus propias pasiones. No valía la pena lamentarse por aquel **déspota infatuado** que no había dudado en llevarlos hasta las puertas de la muerte. Otros, los menos, lo lloraron sinceramente. Entre ellos, el fiel Pigafetta, que consignó dolidamente en su diario: “así murió nuestro espejo, nuestra luz, nuestro conforto y nuestro guía inimitable”.

Hernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano.
La primera vuelta al globo (fragmento)

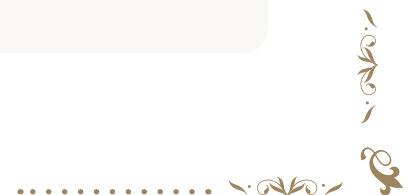
GLOSARIO

- 1. Evidencia:** conocimiento seguro o certeza, clara y patente.
- 2. Tullido:** que ha perdido el movimiento del cuerpo o de algún miembro.
- 3. Proezas:** acciones valerosas
- 4. Audiencia:** acto de oír una autoridad a los que piden o reclaman algo.





5. **Inaudita:** *insólita, que no se ha oído jamás.*
6. **Monopolizar:** *adquirir, atribuirse o tener el exclusivo aprovechamiento de un negocio.*
7. **Lusitana:** *portuguesa.*
8. **Injuria:** *ofensa, falta de respeto.*
9. **Demarcación:** *límites.*
10. **Privilegiada:** *que tiene privilegios, o sea, ventajas exclusivas.*
11. **Capitulaciones:** *pactos o convenios.*
12. **Insípida:** *sin sabor, plana, sin gracia.*
13. **Burócrata:** *empleado público.*
14. **Desprestigiar:** *quitar o perder el prestigio, la buena fama.*
15. **Halagueño:** *que halaga, que atrae con dulzura y suavidad.*
16. **Amotinamiento:** *acción de armar un motín. Motín: alzamiento colectivo y violento contra la autoridad, sin llegar a la gravedad de la rebelión.*
17. **Opresivo:** *que oprime, es decir, que ejerce presión sobre una cosa.*
18. **Desolador:** *que aflige, que provoca desconsuelo.*
19. **Recodo:** *ángulo o vuelta que forma un río o un camino.*
20. **Odisea:** *viaje largo, con muchas dificultades.*
21. **Racionar:** *dividir por raciones, o sea, porciones de alimento.*
22. **Insostenible:** *que no se sostiene, que no se puede soportar o aguantar.*
23. **Pragmático:** *práctico.*
24. **Impertérrito:** *sereno, que no se atemoriza, que no cambia de expresión ni se ve afectado.*
25. **Añorar:** *Extrañar, echar de menos.*
26. **Travesía:** *viaje*
27. **Yermo:** *terreno inhabitado.*
28. **Sedición:** *ver "motín", en "amotinamiento" (nº 16)*
29. **Motín:** *ver "amotinamiento" (nº 16)*
30. **Indicios:** *señales*





- 31. Cabecillas:** líderes.
- 32. Azuzar:** incitar, estimular.
- 33. Objetar:** oponer un reparo a una opinión o decisión, proponer una razón contraria a la que se ha dicho.
- 34. Cronista:** el que escribe la crónica, o sea, el relato de los hechos.
- 35. Avalar:** garantizar, ofrecer confianza y seguridad sobre algo.
- 36. Enfilar:** ponerse en dirección hacia algo.
- 37. Espectro:** fantasma.
- 38. Tétrico:** muy triste, muy sombrío, muy oscuro.
- 39. Mella:** daño causado por algo.
- 40. Evangelización:** predicación de la fe de Jesucristo o de las virtudes cristianas.
- 41. Emisario:** mensajero
- 42. Hostil:** contrario, enemigo.
- 43. Envalentonado:** cobrar valentía o arrogancia.
- 44. Cautela:** cuidado, prudencia
- 45. Asentar:** instalarse, establecerse con firmeza y seguridad.
- 46. Escarmiento:** castigo
- 47. Infructuosamente:** sin fruto, sin resultado.
- 48. Desistir:** abandonar, rendirse
- 49. Déspota:** persona que trata con dureza a sus inferiores.
- 50. Infatuado:** engreído.

Elaborado por:
Gerardo Vidal . En Retratos de la Antigüedad Griega.
Editorial Universitaria, 2001.

